

¿Debo quedarme o debo dejar la Iglesia?

por fr. Timothy Racliffe OP

En este artículo publicado por el semanario católico inglés, The Tablet (10.4.2010), fray Timothy Radcliffe, que fue Maestro de la Orden de Frailes Predicadores de 1992 a 2001, razona por qué permanecer en la Iglesia, pese a los escándalos de los abusos sexuales contra los pequeños y la negligencia de las autoridades eclesiásticas en enfrentar este asunto. Fray Timothy es actualmente miembro de la comunidad de Blackfriars, Oxford. Ha dado conferencias y retiros en muchas partes del mundo. Sus cartas a la Orden han sido publicadas por la Editorial San Estaban de Salamanca: El manantial de la esperanza (1998) y El oso y la monja (1999). La Editorial Desclee de Brouwer de Bilbao ha publicado dos obras suyas: ¿Qué sentido tiene ser cristiano? (2005) y ¿Por qué hay que ir a la iglesia? (2009).

Las revelaciones recientes de abusos sexuales de los sacerdotes en Alemania e Italia han provocado una marea de furor e indignación. He recibido correos electrónicos de gente de toda Europa preguntándome cómo podrían en verdad permanecer en la Iglesia. Hasta me enviaron un formulario para renunciar a mi membresía en el Iglesia. ¿Por qué quedarse en ella?

Antes que nada: ¿por qué dejarla? Algunas personas sienten que no pueden seguir vinculadas a una institución que es tan corrupta y tan peligrosa para los niños y las niñas. El sufrimiento de tantos pequeños es en verdad horrendo. Ellos deben ser nuestra principal preocupación. Nada de lo que voy a escribir aquí tiene el propósito en absoluto de restar gravedad al horror de la maldad del abuso sexual. Pero las estadísticas del *John Jay College of Criminal Justice* acerca de los Estados Unidos en 2004 sugieren que el clero católico no comete estos agravios con más frecuencia que el clero casado de otras Iglesias.

Es más, algunas encuestas indican un menor nivel de agravios por parte de los sacerdotes católicos. Que éstos cometan tales ultrajes es menos probable que en el caso de los profesores laicos en los colegios, quizá hasta con una frecuencia cincuenta por ciento menor que en la generalidad de la población. El celibato no impulsa a las personas a abusar de los pequeños. Es falso completamente, entonces, suponer que dejar la Iglesia católica por alguna otra denominación daría más seguridad a los niños y las niñas. Debemos enfrentar el hecho terrible de que el abuso contra los pequeños se halla extendido en todos los estratos de la sociedad. Hacer de la Iglesia el chivo expiatorio vendría a ser una evasión.

Pero, ¿qué decir del encubrimiento dentro de la Iglesia? ¿Acaso nuestros obispos no han sido tremendamente irresponsables al traer y llevar de aquí para allá a quienes cometían abusos, sin haberlos reportado a la policía y, por lo mismo, haber perpetuado los abusos? Sí, a veces fue así. Pero la inmensa mayoría de estos casos ocurrieron en los años 60 y

70, cuando los obispos consideraban a menudo el abuso sexual como pecado, mas no a la vez como una condición patológica, y cuando hasta los abogados y los psicólogos les aseguraban con frecuencia que bastaba con reasignar a los sacerdotes después un tratamiento psicológico. No es justo proyectar hacia situaciones pasadas la conciencia actual de la naturaleza y la gravedad del abuso sexual que en esos años sencillamente no se tenía. Fue apenas el surgimiento del feminismo a finales de los 70, que arrojó luz sobre la violencia que ejercían los hombres contra las mujeres, lo que nos puso en alerta sobre el terrible daño que se hacía a pequeños muy vulnerables.

¿Y qué decir del Vaticano? El Papa Benedicto adoptó una línea de acción muy firme al enfrentar este asunto cuando era Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (CDF) y desde que asumió como Papa. Ahora el dedo acusador apunta hacia él. Al parecer, algunos casos que fueron reportados a la CDF bajo su responsabilidad no fueron examinados. ¿Acaso esto no socava la credibilidad del Papa? Hay manifestaciones enfrente de la Basílica de San Pedro para pedir que renuncie. Yo tengo completa certeza moral de que no pesa sobre el Papa ninguna responsabilidad en este punto.

Se supone de ordinario que el Vaticano es una organización enorme y eficiente. De hecho, es muy pequeña. La CDF tiene apenas 45 miembros, que se ocupan de las cuestiones doctrinales y disciplinarias de una Iglesia con 1,300 millones de fieles, el 17% de la población mundial, y alrededor de 400,000 sacerdotes. Cuando estuve en comunicación con la CDF como Maestro de la Orden Dominicana, era obvio que todos ellos enfrentaban la situación con dificultad. El Cardenal Ratzinger llegó a lamentarse conmigo de que el personal era francamente muy reducido para tamaña tarea.

Pero, ¿qué decir de esa decisión del Cardenal Ratzinger de parar el juicio contra un sacerdote que cometió crímenes terribles contra unos niños sordos? Fue

un acto de misericordia para con un hombre gravemente enfermo que moriría tres meses después. Se podrá contradecir que esa no es la mejor manera de ser misericordioso, pero el caso es que la misericordia es a menudo escandalosa. Cristo escandalizó con su exigencia de ofrecer el perdón infinitas veces.

La gente está enfurecida contra el desacierto del Vaticano de no abrir sus expedientes y de no ofrecer una explicación clara de lo que ha ocurrido. ¿Por qué tanto secretismo? Los católicos encolerizados y heridos creen que tienen derecho a un gobierno transparente. Conuerdo enteramente con ellos. Pero debemos, en justicia, comprender por qué el Vaticano se protege tanto. Ha habido más mártires en el siglo XX que en todos los siglos anteriores juntos. Obispos y sacerdotes, religiosas, religiosos y seglares fueron asesinados en Europa Occidental, en los países del bloque Soviético, en África, Latinoamérica y Asia.

Muchos católicos padecen todavía la cárcel y la muerte por su fe. Naturalmente, el Vaticano tiende a acentuar la confidencialidad. Esto ha sido necesario para proteger a la Iglesia de gente que querría acabar con ella. Por eso, es comprensible que el Vaticano reaccione enérgicamente contra las exigencias de transparencia y tenderá a considerar las solicitudes legítimas de apertura como una forma de persecución. Y algunas personas de los medios de comunicación desean, sin lugar a duda, dañar la credibilidad de la Iglesia.

Pero debemos también nuestra gratitud a la prensa por insistir en que la Iglesia enfrente sus errores. Si no hubiera sido por los medios, estos vergonzosos abusos habrían pasado inadvertidos.

La confidencialidad es también una consecuencia de la insistencia de la Iglesia en el derecho de cada persona acusada a conservar su buena fama mientras no se haya probado que es culpable. A nuestra sociedad le cuesta mucho trabajo entender esto, sus medios de comunicación destruyen la reputación de la gente sin ningún miramiento.

¿Por qué dejar la Iglesia? Si es con el fin de encontrar un refugio más seguro, o una Iglesia menos corrupta, pienso que acabaríamos decepcionados. Yo también espero que tengamos un gobierno más transparente, un debate más abierto, pero el secretismo de la Iglesia es comprensible y a veces necesario. Comprender no significa aprobar, pero es necesario hacer esto si hemos de actuar con justicia.

Entonces, ¿por qué permanecer en la Iglesia? Aquí debo poner mis cartas sobre la mesa. Aun si la

Iglesia Católica fuese a todas luces peor que las demás Iglesias, yo no la abandonaré. Yo no soy católico porque nuestra Iglesia sea la mejor, o porque me guste el catolicismo. Hay muchas cosas que yo amo en mi Iglesia, pero hay también aspectos que me repugnan. No soy católico por una elección de consumidor que prefiere productos de almacenes Waitrose en vez de Tesco, sino porque creo que el catolicismo encarna algo que es esencial al testimonio cristiano de la Resurrección, a saber, la unidad visible.

Cuando Jesús murió, su comunidad se dispersó. Jesús fue traicionado, negado y la mayoría de sus discípulos huyó. Fueron principalmente las mujeres quienes lo acompañaron hasta la muerte. En el Día de Pascua, él se apareció a sus discípulos. Esto fue mucho más que la simple resucitación de un cadáver.

En Jesús Dios triunfó sobre todo lo que destruye a la comunidad: el pecado, la cobardía, la mentira, la incompreensión, el sufrimiento y la muerte. La Resurrección se tornó visible para el mundo cuando miró con sorpresa a una comunidad que renació. Esta gente cobarde y renegada fue reunida nuevamente. Ellos no eran un grupo con buena fama ni que se avergonzaran de lo que habían hecho, pero nuevamente estaban allí unidos. La unidad de la Iglesia es un signo de que las fuerzas que llevan a la fragmentación y a la dispersión han sido vencidas en Cristo.

Todos los cristianos son el Cuerpo único de Cristo. Guardo respeto y afecto profundos por todos los cristianos de las otras Iglesias que me alimentan y me inspiran. Pero esta unidad en Cristo tiene necesidad de una encarnación visible. El cristianismo no es una espiritualidad etérea, sino una religión de la encarnación, en la cual las verdades más profundas adquieren una forma física y a veces institucional. Esta unidad ha estado centrada históricamente en Pedro, que es la Roca según Mateo, Marcos y Lucas, el Pastor del rebaño en el Evangelio de Juan.

Desde el comienzo y a todo lo largo de la historia, Pedro ha sido con frecuencia una roca tambaleante, una fuente de escándalo y corrupción; con todo, es él – y sus sucesores – quien tiene la misión de mantenernos unidos, de suerte que podamos ser testigos en el Día de Pascua de la victoria de Cristo contra el poder del pecado que divide. Por eso, yo tengo a la Iglesia adherida a mí pase lo que pase. Quizá nos dé vergüenza admitir que somos católicos, pero Jesús desde el comienzo tuvo una compañía vergonzosa.

Traducción de fray Francisco Quijano OP